

SOBRE EL ORIGEN, SENTIDO Y TRASCENDENCIA DE LA *HISTORIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA* (1942-1981) DE RAFAEL LAPESA*

*On the Origins, Sense and Significance of Rafael Lapesa's
Historia de la Lengua Española (1942-1981)*

M^a Antonia MARTÍN ZORRAQUINO
Universidad de Zaragoza

A la memoria de don Rafael Lapesa,
en el septuagésimo aniversario
de la primera edición de su
Historia de la Lengua Española
(Madrid, 1942)

Resumen: En la presente contribución, se analizan las causas que determinaron la publicación, en 1942, de la *Historia de la Lengua Española* (HLE) de Rafael Lapesa. Asimismo, se destaca el sentido de la obra de Lapesa, y, sobre todo, su trascendencia para los estudios de Filología Española en la España de la dictadura franquista. El libro de Lapesa no es solo una historia de la lengua española extraordinariamente valiosa (presentada en un solo volumen, comprensivo de la evolución de nuestra lengua hasta el presente), sino que constituye el testimonio de una forma de ver la Historia y la historia de la lengua, más en concreto la historia de la lengua española, en un momento crucial en la vida de nuestro país. Lapesa, al redactar su HLE, adoptó un compromiso científico y moral de especial valor en la circunstancia histórico-política en la que se hallaba, y logró, al publicarla, muy beneficiosas repercusiones culturales (sociales y educativas) para las generaciones de españoles de la posguerra: la HLE supuso la continuidad del magisterio de la Escuela Española de Filología fundada por Ramón Menéndez Pidal. La fidelidad de Lapesa al positivismo, más allá de ambiciones teóricas incisivamente renovadoras, justifica, de otra parte, la vigencia permanente de la obra.

* Una primera versión del presente trabajo fue presentada en un curso celebrado con motivo del centenario de la Junta de Ampliación de Estudios. He revisado mi trabajo y he alargado considerablemente su extensión, en el marco del centenario del Centro de Estudios Históricos, del que Rafael Lapesa fue colaborador desde 1927, y teniendo en cuenta que, en el año 2012, se cumplen setenta años de la publicación de su *Historia de la Lengua Española*. Quiero expresar mi gratitud al Prof. José Carlos Mainer, que me sugirió ocuparme de la obra de Lapesa en el curso mencionado y que, en definitiva, determinó que redactara este estudio; aunque lo dedico a la memoria de don Rafael, quiero dejar constancia también de mi recuerdo, en la presente publicación, al Dr. Mainer y a su esposa, la Dra. María Dolores Albiac, con todo mi afecto.

Palabras clave: historia de la lengua española; Rafael Lapesa; Escuela Española de Filología; *Historia de la Lengua Española* de Rafael Lapesa.

Abstract: In this paper, the reasons that determined the publication of Rafael Lapesa's *Historia de la Lengua Española* (HLE), in 1942, are carefully analysed. The sense and, above all, the significance of Lapesa's book are also studied: the HLE was really relevant for the studies of Hispanic Philology under Franco's system, since it was not only (and still it is) a very valuable history of Spanish language (submitted in a single volume including the complete evolution of this language till the present time), but it also constituted an eloquent evidence of a particular way of understanding History, the history of language and, more specifically, the history of Spanish language, at a crucial moment in Spain's life. In writing the HLE, Lapesa took on a scientific and moral commitment of significant value within the historical and political circumstances in which he found himself, and, in publishing it, he brought about very beneficial cultural (social and educational) repercussions for the Spanish generations of the post-war period: the HLE represented the continuity of the *Escuela Española de Filología* (Spanish School of Philology), founded by Ramón Menéndez Pidal. On the other hand, Lapesa's attachment to positivism, beyond theoretical renovating ambitions, justifies the permanent validity of his work.

Keywords: history of Spanish language; Rafael Lapesa; *Escuela Española de Filología*; Ramón Menéndez Pidal's Spanish School of Philology; *Historia de la Lengua Española* by Rafael Lapesa.

Recibido: 22.03.2012

Aceptado: 18.05.2012

1. INTRODUCCIÓN

La *Historia de la Lengua Española* de Rafael Lapesa se publicó por primera vez en 1942. Su autor ha contado cómo la comenzó en cuanto *obrita* dedicada a la historia del español: a instancias de don Tomás Navarro Tomás, miembro de la primera generación de discípulos de don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos (CEH) y, por tanto, maestro del propio Lapesa. El hecho se produjo en plena guerra civil (en 1937), cuando don Rafael se encontraba en Madrid como casi el único superviviente y custodio del CEH (Lapesa, 1980: 13; Echeñique, 2008: 44) y don Tomás, ya en Valencia, como todo el gobierno de la República, al frente de la Secretaría de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), cargo que compaginaba (entre otras responsabilidades) con el de Director de la Biblioteca Nacional, con el de Presidente de la Comisión Gestora del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y, desde febrero de dicho año, con el de miembro del Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico, bajo control exclusivo de la Dirección General de Bellas Artes (Pérez Boyero, 2005: 178 y 188-190)¹.

¹ La labor de don Tomás Navarro Tomás como responsable muy principal de la custodia y salvaguarda del patrimonio bibliográfico español durante toda la guerra civil, en el bando republicano, fue de excepcional eficacia. Trabajó, por otra parte, con enorme inteligencia, abnegación y

Rafael Lapesa ha contado detalladamente, en su preciosa ponencia para el I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española (celebrado en Cáceres en 1987) (Lapesa, 1988), cómo nació su libro; cuáles eran sus fundamentos teóricos; cómo fue revisando, corrigiendo y aumentando el texto; qué aspectos de la historia del español le resultaron más problemáticos y difíciles; con qué pretensión u objetivos planteó la obra y en qué medida estos sufrieron modificaciones a lo largo de las nueve ediciones que el libro ha llegado a sumar (entre 1942 y 1981). Lapesa ha subrayado especialmente la deuda de su trabajo con el magisterio de Menéndez Pidal; hasta el punto de que, como destaca en la ponencia citada, siempre consideró a su *Historia de la Lengua Española* un texto de carácter «menor»: una «historieta de la lengua», según sus propias palabras (*op. cit.*, 1771), en relación con la Historia de la Lengua Española que don Ramón Menéndez Pidal programó desde principios del siglo XX y de la que fue dando entregas excelentes a lo largo de su vida, pero que no llegó a publicar antes de su muerte (su nieto, Diego Catalán, ha editado, en 2005, todo el texto que dejó escrito don Ramón, que cubre la historia del español hasta el final del siglo XVII: cf. Menéndez Pidal, 2005, y Catalán, 2004).

En la presente contribución, he pretendido analizar las causas que determinaron la publicación del libro de don Rafael en 1942, partiendo, por supuesto, de su propio testimonio, pero ahondando, creo que justificadamente, en algunos motivos a los que, quizá, no se les ha dado el realce suficiente. Asimismo, he intentado destacar el sentido de la obra de Lapesa, y, sobre todo, su trascendencia para los estudios de Filología Española en la España de la dictadura franquista. Adelanto ya que el libro de don Rafael no es solo una historia de la lengua española extraordinariamente valiosa (presentada en un volumen específico, comprensivo de la evolución de nuestra lengua hasta el tiempo presente), sino que es también, y de modo muy importante, un testimonio o documento de una forma de ver la Historia y la historia de la lengua, más en concreto la *Historia de la Lengua Española* (HLE), en un

perseverancia, en condiciones muy difíciles, para mantener la publicación de revistas y libros de diversas secciones de la JAE, así como para ofrecer a la imprenta otras publicaciones útiles, que sirvieran de estímulo científico y humanista a los hombres y mujeres de la España leal y, al mismo tiempo, reflejaran la continuidad, con fe y entusiasmo, de las empresas culturales de la República mostrando su pervivencia dentro y fuera de nuestro país (cf. Calvo / Salaberria, eds., 2005: 178, 188, 229-233, 235-243, 253-256). Tomás Navarro Tomás aceptó hacerse cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional tras la marcha de Miguel Artigas en el verano de 1936 y, asimismo, también con disciplina, asumió la Vicepresidencia de la Junta de Protección del Patrimonio Artístico (*op. cit.*, 254-255); de otro lado, a partir del 5 de agosto de ese año (Decreto del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes) pasó a presidir la Comisión Gestora del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, creada para sustituir a la Junta de Facultativos de Archivos, Bibliotecas y Museos (Pérez Boyero, 2005: 189). En noviembre de 1936, Navarro Tomás marchó a Valencia y allí el 16 de febrero de 1937 (*Gaceta* del 17) se creó el Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico del que también formó parte (*loc. cit.*, 190).

momento crucial en la vida de nuestro país. Lapesa, al redactar su HLE, adoptó un compromiso científico y moral de especial valor en la circunstancia histórico-política en la que se hallaba, y logró, al publicarla, muy beneficiosas repercusiones culturales (sociales y educativas) para las generaciones de españoles de la posguerra, especialmente para quienes realizamos nuestros estudios superiores entre 1942 y 1975. Y también, desde luego, para quienes los han llevado a cabo tras esa fecha, pues el libro de don Rafael mantiene, como señalan sus discípulos, plena vigencia (Cano, 2009b: 503).

2. EL ORIGEN DE LA *HISTORIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA* DE LAPESA: UN ENCARGO DE DON TOMÁS NAVARRO TOMÁS

Rafael Lapesa ha reconocido que su libro tuvo un origen modesto (Lapesa, 1988: 1771). Él mismo ha contado (Lapesa, 1988: 1771-1772) que en noviembre de 1936, al llegar la guerra a las puertas de Madrid, las tareas del CEH quedaron interrumpidas y abandonados casi sus locales. Los investigadores se dispersaron:

(...) unos marcharon a Valencia [especialmente, como ya se ha indicado, ese fue el caso de Tomás Navarro Tomás] –donde volvió a funcionar la JAE–; otros se hallaban en el extranjero [caso, v. gr., de Américo Castro o de Amado Alonso]; otros salieron de España entonces [por ejemplo, don Ramón Menéndez Pidal], y otros nos quedamos en Madrid, movilizados o no [como Rafael Lapesa] (*op.cit.*, 1772).

En enero o febrero de 1937 la Junta le encargó a Lapesa una especie de secretaría para reanudar las actividades del CEH posibles en aquellas circunstancias, cuidar las publicaciones que estaban imprimiéndose y preparar en parte las futuras (*ibidem*). Con ese motivo, la relación epistolar entre Lapesa y Navarro Tomás fue intensa y constante². Precisamente el 3 de febrero de 1937 Tomás Navarro Tomás

² Y ello, no solo con motivo de las tareas conectadas con el CEH y la JAE: también colaboró Lapesa con Navarro Tomás en relación con la actividad de la Biblioteca Nacional (BN) y de la protección del patrimonio bibliográfico español. En carta fechada el 29 de junio de 1937, por ejemplo, Lapesa le da cuenta a don Tomás Navarro de la situación tensa que se respira en la BN a causa de los roces entre los miembros de la Comisión Delegada del Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico y los propios miembros del Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos que trabajaban en la BN (al parecer, las idas y venidas entre Valencia y Madrid del facultativo Aniceto Tudela de la Orden originaban frecuentes interferencias molestas para aquellos). El hecho es que Lapesa le pide a Navarro Tomás que nombre a Benito Sánchez Alonso (facultativo también y colaborador de don Ramón en el CEH desde 1916: cf. Pérez Pascual, 1998, 123) presi-

le escribe a Lapesa que una empresa editorial quiere publicar unos manualitos de lengua y literatura:

Son unos tomitos de unas ciento cincuenta cuartillas escritas a máquina a doble espacio. Desearía que hiciese usted uno de esos tomitos, trazando una breve historia de la lengua española. Son libritos destinados a obreros y campesinos. Tienen que ser sencillos y claros, con el menor tecnicismo posible. Creo que ese librito de historia del español puede servir para hacer sentir la importancia y la dignidad de la lengua que hablamos, favoreciendo la estimación y generalización de su uso. Usted podría poner mano al asunto sin más que dejarse llevar de la pluma. Ganaría quinientas pesetas. Anímese. Gili Gaya está haciendo una gramatiquilla y Dámaso, una historia de la literatura. Yo haré una ortología de tipo diferente a la que publiqué (ibídem).

Para Lapesa, la invitación llegaba en un momento muy oportuno, ya que, en ausencia de don Ramón Menéndez Pidal, había interrumpido los trabajos en que colaboraba con él, en particular, una historia de la lengua concebida como Crestomatía «cuyos textos escogidos para cada período se estudiarían con los prólogos correspondientes, a fin de reflejar el estado y evolución de la lengua cada cincuenta o sesenta años» (ibídem)³. De hecho, Lapesa había preparado los textos y prólogos de la época preliteraria y había acabado el relativo a los años 1140-1200 en enero de 1937 (ibídem). De modo que la propuesta de Navarro Tomás lo llenó de gozo y siguió su consejo, pero no el escribir a vuelapluma (ibídem). Así, como confiesa don Rafael: «Acepté y me lancé con entusiasmo a la tarea» (Lapesa, 1980: 13), tanto que, en la primavera del 38, tenía casi terminado el libro, cuando movilizaron a su quinta y hubo de interrumpir el trabajo parcialmente para ir a enseñar las primeras letras a los soldados analfabetos: «quehacer inolvidable como experiencia

dente de dicha Comisión, al tiempo que le ruega que lo considere a él dimitido, pues él no pertenece al Cuerpo mencionado; tiene, por otra parte, abandonado al CEH, y, de otro lado, las clases del Instituto le ocupan la mayor parte de las mañanas (Calvo / Salaberria, eds., 2005: 235-236). (Conviene recordar que don Rafael era Catedrático de Instituto, tras ganar las correspondientes oposiciones, desde 1932, año en el que obtuvo plaza en Oviedo, pero pasó, por traslado en ese mismo año, al Calderón de la Barca de Madrid, lo que le permitía compatibilizar su docencia con las investigaciones en el CEH; al comenzar la guerra civil, en 1936, pasó al Lope de Vega hasta 1939 –*vid.* Echenique, 2008: 44).

³ Según detalla Pérez Villanueva (1991: 342, 343, 347-359), a fines de diciembre de 1936, Menéndez Pidal marchó a Burdeos; a fines de febrero de 1937, a Cuba; en julio del mismo año a EE. UU. (a la Universidad de Columbia, NY), y, finalmente, de nuevo a Francia (a París) en el verano de 1938, hasta el verano de 1939, en que regresó a Madrid. Don Ramón se había desplazado a Madrid en julio del 36 desde San Rafael, donde estaba veraneando con su familia, la cual permaneció allí y pasó luego a Segovia (quedó en España, separada de don Ramón, solo todos esos años, durante toda la guerra).

humana» (ibídem). Pero la obra se hallaba ya definitivamente encauzada⁴. Respondía, en parte, a un imperativo moral (don Tomás, en su encargo, había hablado de compensación económica, ciertamente, pero, sobre todo, había destacado el objetivo «de hacer sentir la importancia y la dignidad de la lengua que hablamos, favoreciendo la estimación y generalización de su uso»). Y muchos años después, don Rafael justificó el entusiasmo con que asumió la propuesta en términos igualmente morales: «En medio de la contienda fratricida se me brindaba la ocasión de hacer algo por la España de todos» (ibídem)⁵.

De otra parte, estaba claro para Lapesa que ese deber moral dotaba al libro de una proyección mayor que la que en principio había sido sugerida por Navarro Tomás (totalmente respetable por otro lado). Don Rafael pensaba que la obra debía ir dirigida a un público más amplio, y tenía especialmente en cuenta a los estudiantes (convivía a diario con ellos en el Instituto⁶), por eso le escribía en mayo de 1937 a don Ramón Menéndez Pidal:

Me encargó Navarro Tomás un manualito de *Historia de la lengua*, nominalmente para obreros y campesinos, aunque en realidad me figuro que la materia no es demasiado apropiada para ese fin, y me daría por contento con que sirviera para maestros y bachilleres, aunque procuro hacerlo asequible a mentalidades despiertas, como las de tantos obreros inteligentes y con afán de cultura como hay (*apud* Cid, 2009: 20; carta citada también por Pérez Pascual, 1998: 276).

⁴ Por su parte, Navarro Tomás se había interesado por ella. Así, en carta fechada el 7 de julio de 1937, respondiendo a la del 29 de junio de Lapesa (cf. supra, n. 2), don Tomás, entre otras cosas, le comunica que han aceptado su dimisión para la BN, le anuncia el envío del papel para las cubiertas de la Revista [de Filología Española], le muestra su esperanza por tener pronto ejemplares del número, recaba información sobre el *Archivo de Arte* «que parecía tan avanzado» y, al final, le pregunta: «¿Y su historia de la lengua?» (Calvo / Salaberría, 2005: 237).

⁵ La rectitud en la conducta y la probidad en el trabajo científico eran divisas de la I. L. E., de las secciones de la JAE en general y, muy en particular, de la Escuela española de Filología -de la Escuela de don Ramón Menéndez Pidal- manifiesta en la frase que este le había oído a Gaston Paris y que había convertido en divisa de su magisterio: «La probité vaut plus [sic] que la compétence» (Cid, 2009: 24). (Cid recoge la cita del famoso artículo de don Américo Castro, publicado en 1959, con el título de «Cuánto le debemos» y son muchos los estudiosos de la obra pidaliana -o pidalina- que la recogen en sus contribuciones). Cf. igualmente Blecua (1975: 171): «(...) de ahí que la obra de Menéndez Pidal, desde su juventud, ofrezca como característica más acusada el amor por la filología (...). Este amor, unido con la precisión y el rigor en el trabajo científico, aprendido en las técnicas positivistas y en la actitud ética de la Institución Libre de Enseñanza, son, con su obra, la más hermosa herencia que Menéndez Pidal ha legado a la ciencia lingüística y literaria hispánicas».

⁶ Cf. M.^a T. Echenique (2008:44), ya citada, y n. 2, supra.

Podemos imaginar, pues, que la redacción del texto encargado por Navarro Tomás se convirtió en una actividad vivificadora para Lapesa en medio de la cotidianidad de un Madrid en guerra, separado de sus maestros y de muchos de sus compañeros, circunstancia que a menudo le entristeció profundamente, como él mismo ha contado en su contribución para el homenaje ofrecido por los antiguos alumnos de la I. L. E a don Ramón Menéndez Pidal, en 1979⁷: en el CEH, deambulando «por aquellos despachos y pasillos solitarios lloré más de una vez convencido de que, cualquiera que fuera la suerte de la contienda, el Centro y su espíritu no sobrevivirían» (citado también por Pérez Pascual, 1998: 284). La obra podría convertirse, así, en un testimonio precioso de la Escuela española de Filología, en un instrumento que garantizaba la transmisión de un legado que había que salvar⁸.

3. OTROS MOTIVOS QUE EXPLICAN LA PUBLICACIÓN DE LA HLE DE LAPESA (1942)

En efecto, concluida la contienda, nuevos motivos determinaron a don Rafael a llevar adelante su obra y a publicarla.

De una parte, vio la necesidad de que apareciera una historia del español que fuera distinta de los planteamientos del nuevo régimen, ajeno a la esencia liberal de los hombres del CEH. De otro, fue consciente del hecho de que don Ramón no acababa de concluir su obra y, en cambio, algún estudioso había ya escrito un volumen sobre el tema y otros podrían muy bien (dadas las nuevas perspectivas académicas) hacer lo propio.

⁷ Me refiero al volumen *Alça la voz, pregonero!: homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal organizado por la Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Seminario Menéndez Pidal, 1979.

⁸ Como comentan F. Bustos Tovar / J. J. Bustos Tovar (2009: 32), Lapesa se sitúa (nacido en 1908) entre la Generación del 27 y la del 36; recibió las enseñanzas de los hombres del 98 (Menéndez Pidal o Machado) y de los del 14 (Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, García Morente, Solalinde, Gili Gaya, Sánchez Albornoz). Ambos autores recuerdan, por otra parte, las palabras del propio don Rafael: «Dámaso y Amado Alonso fueron mis hermanos mayores en edad y saber, infinitamente mayores en valía; mis inolvidables maestros jóvenes» (*loc. cit.*, 34). Los hermanos Bustos Tovar subrayan también que Lapesa entronca, indirectamente, con los valores surgidos en la I. L. E., «sobre todo, gracias a la influencia de Américo Castro» (*ibidem*) y se forma directamente en la JAE y el CEH. (Para la obra filológica del CEH, cf., asimismo, Lapesa, 1998; e, igualmente, Catalán, 1974: 22-40; Blecua, 1975: 164 y ss.; Abad, 1988: 506-510; Pérez Villanueva, 1991, *passim*; Pérez Pascual, 1998, *passim*, etc.).

En efecto, aunque Lapesa ha subrayado que su HLE «no se atenía a ningún plan ni programa de Bachillerato» (Lapesa, 1988: 1773), lo cierto es que, desde 1934, la gramática histórica y la historia de la lengua españolas se habían incorporado a los programas de la disciplina de *Lengua española y Literatura* de la Enseñanza Secundaria. Con objetivo más bien auxiliar (para enseñar a comprender los textos del castellano medieval, sobre todo, pero con algunos contenidos específicos de gramática histórica), el llamado Plan Villalobos integraba nociones de la materia junto con la lectura y comentario de textos medievales. Vale la pena demorarse un poco en este hecho y comentar las características de dicho Bachillerato (cf. Hernández Díaz, 2005, y Esteban de Vega, 2005)⁹.

El nuevo Bachillerato (que sustituía al Plan Callejo de 1926) comprendía siete cursos, como este, subdividido en dos ciclos (cf. n. 9). Seguía el Proyecto de Segunda Enseñanza impulsado por Fernando de los Ríos en 1932 (Hernández Díaz, 2005: 381) y mantenía un decidido eclecticismo entre las humanidades y las ciencias, al tiempo que introducía de nuevo dos idiomas modernos y el estudio de las ciencias sociales en los dos últimos cursos (ibídem). Por otra parte, no incluía la religión como materia de clase (en consonancia con el art. 48 de la Constitución de 1931)¹⁰. En lo que se refiere más propiamente a la enseñanza de la lengua española y su literatura, el Plan colocaba a la disciplina en el primer lugar del currículo: la declaraba obligatoria en todos los cursos con una gradación cíclica, cuidadosa, de sus contenidos, combinando armónicamente las prácticas de lectura, dictado, redacción, análisis gramatical e iniciación al estudio de los textos literarios a lo largo de los cuatro primeros años, para ir ampliando –y profundizando– progresivamente, en los tres últimos, el comentario gramatical, la explicación de textos literarios, la disertación literaria, el estudio histórico de la lengua y el de la literatura española en

⁹ Son varios los Decretos que dan forma a los nuevos estudios: Decreto 26.07.1934 (que regula el sistema de exámenes y determina que los alumnos libres y colegiados han de ir a Institutos Nacionales de Segunda Enseñanza y presentarse ante un tribunal conformado *ad casum*, y prohíbe que un profesor de segunda enseñanza pueda exigir o imponer los libros de texto o de lectura); Decreto 6.08.1934 (por el que se crean Institutos Nacionales e Institutos Elementales) y Decreto 29.08.1934, que articula propiamente los estudios (7 cursos en 2 ciclos, como en el Plan Callejo de 1926: en primer lugar, un ciclo elemental de tres años, que permitiera el enlace con la enseñanza primaria; en segundo lugar, un ciclo superior, de cuatro años, subdividido, a su vez, en otros dos: el primero, con disciplinas eminentemente formativas, y el segundo, más especializado, preparatorio para la Universidad –con 3 exámenes de conjunto al término de cada uno de los períodos indicados: elemental, primer ciclo superior y segundo ciclo superior). Por otra parte, los Cuestionarios de cada materia se publicaron en la *Gaceta de Madrid* el 1.10.1934 (del relativo a la de «Lengua española y Literatura» me ocupó más ampliamente en el presente trabajo).

¹⁰ El hecho debe subrayarse, ya que le granjeó a Villalobos una fuerte oposición por parte de muchos de los integrantes y de los partidarios del Gobierno de coalición del que formaba parte (bienio 1933-1934).

todos sus géneros y periodos, con referencia igualmente a las obras más significativas de la literatura universal (Martín Zorraquino, 1999/2000: 75). En especial, en lo que se refiere a la enseñanza de la gramática histórica de la lengua, y como ya he indicado en otro lugar (Martín Zorraquino, 1999/2000: 76):

(...) se incluía en el sexto curso; contaba con una hora semanal que complementaba la otra asignada a la disciplina, destinada al estudio de una serie de autores de la literatura española que habían de elegirse de una lista que comenzaba con el anónimo autor del *Cantar del Cid* y llegaba hasta Ganivet; la selección de un texto medieval era obligada «para poder practicar el análisis histórico del idioma dentro de los límites elementales que aquí se señalan».

El Plan de 1934 reconocía, así, la importancia capital de la enseñanza de la lengua materna en la formación de los ciudadanos, en consonancia, por ejemplo, con el bachillerato francés (en especial, en lo referente a las técnicas de trabajo para la práctica de la lengua y respecto al estudio de los autores y de las obras literarias). De otro lado, simbolizaba el triunfo de las ideas en materia de pedagogía lingüística de algunos de los representantes más conspicuos de la Escuela española de Filología, especialmente don Américo Castro (maestro también de Lapesa y director de su tesis doctoral), claramente vinculado a la I. L. E., quien, entre 1919 y 1924, había gastado muchas energías, en forma de conferencias, artículos de periódico e incluso libros, para denunciar los graves defectos que presentaba en España la enseñanza de la lengua materna (así como la programación del bachillerato y la organización de las Facultades de Letras), al tiempo que ofrecía orientaciones muy claras para su reforma (cf. Castro, 1922 y 1924; Martín Zorraquino, *ibidem*). Por otra parte, el Plan Villalobos venía a representar también el triunfo oficial de la Escuela española de Filología en la enseñanza de la Literatura: consagraba la conexión inseparable entre lengua y literatura (sostenía la dimensión creadora de la actividad lingüística) y reconocía la necesidad de la perspectiva histórica para comprender adecuadamente la actividad del hombre (Martín Zorraquino, *loc. cit.*, 76-77).

Naturalmente, Lapesa, como catedrático de Instituto, tenía que conocer forzosamente el nuevo Plan, aun cuando este se pusiese en práctica durante pocos años y probablemente no llegara a alcanzar al sexto año ni pudiera aplicarse a la enseñanza de la historia del español¹¹. Tal vez por eso, en su carta a don Ramón, en mayo de

¹¹ La actuación de Filiberto Villalobos al frente del Ministerio de Instrucción Pública concitó apoyos, pero también muchas críticas: en el seno de sus adversarios y, como ya he indicado, en el de sus compañeros de coalición. Por ello, Preston (2005: 281) lo considera un representante prototípico de la «Tercera España». Villalobos, un ilustre médico salmantino, gran amigo de Unamuno, y político muy respetado y querido en su tierra, era miembro del Partido Reformista,

1937 (arriba citada), hacía hincapié en que la obrita encargada por Navarro Tomás habría de resultar de especial utilidad para bachilleres y maestros. De hecho, en 1937, los profesores Emilio Gastón y José Manuel Blecua publicaron en Zaragoza unas *Nociones de gramática histórica española* que se adecuaban al cuestionario del Plan del 34¹². Pero, en 1938, se produjo un hecho que habría de determinar, creo, de forma mucho más clara (y segura: cf., más adelante, el propio testimonio de Lapesa), que don Rafael prosiguiera con su HLE y se empeñara en publicarla una vez terminada la guerra civil.

En efecto, el B. O. E. de 23 de septiembre de 1938 en la España de Franco, publicó un nuevo Plan de Bachillerato diseñado por el ministro Pedro Sainz Rodríguez: dicho Plan mantenía los 7 cursos, pero con un examen final de Estado, ante un tribunal formado por profesores universitarios. Los cuestionarios que desarrollaban la programación de las diversas materias se publicaron, como suplemento del B. O. E. del 14 de abril de 1939 (en el octavo aniversario de la proclamación de la República). Recién terminada la guerra civil, los planteamientos de Sainz Rodríguez parecían convertir al estudiante de bachillerato en un hombre del renacimiento español (quizá, más bien, de la Contrarreforma española). La lengua y la literatura españolas habían cedido el puesto a la filosofía y a la religión; se incrementaba considerablemente la presencia de las lenguas clásicas, y planeaba siempre la preocupación por la formación moral del alumno en materia de lecturas: se indicaba explícitamente que se cuidara especialmente que en las obras literarias que habrían de leerse no se reflejaran conductas desviadas, etc. La presencia de la gramática

en el que militó casi toda su vida (Esteban de Vega, 2005: 181-182) y, sin ser propiamente un institucionista ni hallarse en contacto directo con Giner o Cossío, por su amistad con Unamuno y, sobre todo, por su conducta en la educación de sus propios hijos, podemos deducir que conocía bien las ideas institucionistas en materia educativa y que las apreciaba: llevó a su hija Carmen al Instituto-Escuela (fundado en 1918 –Pérez Pascual, 1998: 163, incluye información básica, sobre dicho centro–) y esta, más tarde, vivió en la Residencia de Señoritas; Carmen Villalobos fue después (terminada la guerra civil) profesora de Física y Química en el colegio Estudio, dirigido por Jimena Menéndez Pidal (Esteban de Vega, *ibidem*). De otro lado, Villalobos apoyó, como Ministro, a varias de las instituciones y actividades más afines a la I. L. E. y al CEH (las Misiones Pedagógicas, la JAE –Hernández Díaz, 2005: 375 y s.–, y, en particular, el CEH mismo: favoreció la implantación de su Sección de Estudios Clásicos, solicitada con gran empeño por Menéndez Pidal: cf. Pérez Villanueva, 1991: 277). Por su parte, el Plan Villalobos ha gozado de enorme aceptación y ha sido considerado como modélico incluso, por su nivel de exigencia y racionalidad (Hernández Díaz, 2005: 381). Con todo, ha sido también criticado por algún pedagogo mucho más recientemente (por ejemplo, por Antonio Molero, cf. Hernández Díaz, 2005: 381-382).

¹² Me he ocupado ampliamente del texto (y de otro, publicado en 1946, de Rafael Gastón Burillo: *Gramática histórica elemental de la lengua española*) en Martín Zorraquino (1999/2000; para el librito de Gastón / Blecua, véanse, especialmente, las páginas 72-75). Véase, asimismo, Martín Zorraquino / Cuartero Sánchez (2005: 1238-1240).

histórica se mantenía, pero, no en el sexto año, sino en el cuarto curso (Martín Zorraquino, 1999/2000: 77, y, sobre todo, n. 29).

El nuevo bachillerato volvía a orientarse casi con exclusividad a las clases medias. Y reflejaba la visión cultural de los vencedores. Sería injusto, con todo, no reconocer que fue obra, en buena medida, de profesores prestigiosos y que quienes lo fueron impartiendo, catedráticos de Enseñanza Media, constituyeron, en su mayor parte, un cuerpo profesional de extraordinario nivel científico y humano. Entre ellos, se encontraba el propio don Rafael Lapesa, que, precisamente, en 1943, publicó su *Formación e historia de la lengua española* (cf. Lapesa, 1943) como manual para estudiantes de bachillerato¹³. Esta sí que era una obra plenamente adaptada a un programa previamente determinado (por el Ministerio de Educación), a diferencia de lo que sucedía con la HLE. Precisamente por ello esta última encontró dificultades para su publicación y, como indica el propio Lapesa (1988: 1773), cuando las consiguió vencer, la editorial le impuso «la añadidura de una breve antología, horra de comentarios y notas para no hacer excesivo el coste de la impresión, acabada en Madrid el 22 de mayo de 1942» (ibidem).

La HLE no era, pues, estrictamente un manual para bachilleres, aunque durante su elaboración, don Rafael pensara a menudo en ellos como destinatarios¹⁴. Al

¹³ En el texto se indica que es «Obra aprobada por el Ministerio de Educación Nacional. Adaptación para Cuarto año de Bachillerato». He podido consultarlo en la Biblioteca Valenciana, poseedora del legado bibliográfico de don Rafael Lapesa. El texto consta de un capítulo preliminar dedicado a nociones fundamentales de gramática histórica y relacionadas con el cambio lingüístico (ca. 26 páginas), una primera parte que constituye una breve historia de la lengua española (pp. 27 a 72), y que refleja una adaptación de la HLE (1942), una segunda parte que contiene siete capítulos de gramática histórica (pp. 73-143) y, en fin, una antología de textos (catorce) para comentar en clase, que parten del «Appendix Probi» y llegan hasta Fernando de Rojas. Un libro, pues, ajustado al Plan del Bachillerato del 38. En aquel año, y hasta 1947, don Rafael se había trasladado al Instituto de Salamanca, tras un breve paso por el Beatriz Galindo de Madrid (1939) y otro par de años, a consecuencia de la depuración, en el Instituto de Oviedo (Echenique, 2008: 45). Comentan también esta obra Satorre Grau (2008: 83-84) y Santiago Lacuesta (2009: 386 y n. 3), quien indica que conoció una segunda edición en 1952.

¹⁴ Con todo, Echenique (2008: 50) subraya que incluso la HLE nació desde la perspectiva del profesor de Instituto que era don Rafael. Y hay que recordar, por otra parte, que, en la encuesta que Lapesa cumplimentó a instancias del Colegio Libre de Eméritos, incluyó como primer aspecto más representativo de su vida profesional «La experiencia resultante de haber enseñado a alumnos de Bachillerato, desde niños o niñas de primeros cursos hasta adolescentes de los últimos y a alumnos universitarios de diversos cursos» (cf. Echenique Elizondo / Satorre Grau, 2008: 89). (Ambos autores reproducen la respuesta completa de don Rafael a la encuesta, remitida en una cartilla; también la incluye Amorós, 2009: 348-349).

término de la guerra civil, Lapesa era consciente de que el texto había desbordado los límites de lo «elemental» y podía servir a los futuros filólogos¹⁵.

No era la HLE un texto para bachilleres, no, pero, indudablemente, de forma paralela a la petición cursada por don Tomás Navarro Tomás invitándole a Rafael Lapesa a que escribiera una historia de la lengua española, se habían perfilado escenarios académicos en los que la enseñanza de la materia se requería. Ya he señalado la aparición del libro de Gastón / Blecua. Otra obra, de mayor entidad, había sido publicada por primera vez en Pamplona también en 1937: la *Iniciación al estudio de la historia de la lengua española* de Jaime Oliver Asín (antiguo becario del CEH). Lapesa (1988: 1773) se refiere precisamente a esta obra (tal vez alude a una segunda edición¹⁶):

A poco de empezar la etapa depuratoria supe que Jaime Oliver Asín, antiguo y buen amigo mío, había publicado en 1938, en la llamada zona nacional, una *Iniciación al estudio de la historia de la lengua española*, destinada al séptimo curso del Bachillerato. Era una obra valiosa y rica en información, pero adolecía del grave defecto de estar muy teñida de política. La idea nebrisenense de que la lengua fue siempre compañera del imperio le hizo considerar como decadencia la evolución del idioma a partir del siglo XVIII y no conceder atención al español de América.

Y aquí radica otro motivo importante, a mi juicio, para que Lapesa llevara definitivamente adelante la publicación de su texto: respetando, sin duda alguna, tanto la formación de Oliver Asín –sobrino de don Miguel Asín Palacios¹⁷–, al que considera, según se acaba de leer, «antiguo y buen amigo mío», del que se reconoce deudor en el «Prólogo» de la primera edición de la HLE (Lapesa, 1942: 7), y cuya obra, en buena medida, Lapesa encomia, don Rafael percibía que el libro de Oliver Asín (la primera historia de la lengua española publicada en España con tal título –no como «gramática histórica» simplemente–, que yo sepa) reflejaba una visión de la evolución del español que no coincidía plenamente con la perspectiva suya ni con la que, para Lapesa, representaba la de la propia escuela pidaliana (o pidalina).

¹⁵ El Plan 1944 iba a reorganizar también las Facultades de Letras, y, para las especialidades de Filología, la HLE habría de ser, después, un texto indispensable.

¹⁶ He encontrado también una edición de la obra de Oliver Asín, editada en Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1938. Y me informa el Dr. Fradejas Rueda que su padre utilizó en el instituto, en el 6º curso de Bachillerato, una tercera edición de la obra, fechada en 1939. Le agradezco de veras el dato.

¹⁷ Arabista y catedrático de Lengua Árabe en la Universidad Central de Madrid desde 1903 (sucedió en la Cátedra a Francisco Codera Zaidín), participó en la creación y desarrollo del CEH, de cuya Sección de Filosofía Árabe e Instituciones Árabes se encargó junto con Julián Ribera (Abad, 1988: 504-505). Tras la guerra civil, Asín y Palacios fue Vicepresidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

Por otra parte, en 1939-1940, se producía otro fenómeno que complementaba, en cierto modo, al expuesto: don Ramón no publicaba su *Historia de la Lengua Española*, la gran obra de síntesis de la evolución del español, tan esperada tras la edición de los *Orígenes* (Menéndez Pidal, 1926) y de otros trabajos sobre la lengua del siglo XVI aparecidos a comienzos de los años treinta, y para la que, tanto la *Crestomatía* (en la que Lapesa había sido antes de la guerra, y era, después de esta, el colaborador fundamental) como el *Glosario del primitivo romance hispánico*, que se habían empezado a elaborar en el CEH a fines de los años veinte, eran herramientas esenciales. Lapesa se había ocupado y preocupado durante toda la guerra de los ficheros que don Ramón había ido acumulando para dicha empresa y que se hallaban depositados en el Centro de Estudios Históricos: treinta (veinticuatro sencillos y seis dobles), según recoge D. Catalán (2004: 105); ficheros que viajaron a Valencia, Perelada y Ginebra, como tesoro bibliográfico español de la República, y retornaron, sanos y salvos, a Madrid (a Chamartín) en 1939 (cf. Pérez Villanueva, 1991: 342-383).

Según nos ha contado Diego Catalán (2004: 87 y ss.), su abuelo concibió la *Historia de la Lengua Española* como un sueño realizable entre 1886 y 1906 (cita numerosos testimonios, sobre todo en correspondencia documentada y en conversaciones recordadas con don Miguel de Unamuno), y formó parte de su programa de trabajo desde 1912. Tal vez presionado por las necesidades docentes y quizá económicas, alteró las previsiones iniciales y publicó primero el *Manual de gramática histórica de la lengua española* (en 1904) (*loc. cit.*, 104). Sin embargo, tras la publicación de los *Orígenes del español* en 1926, a partir de 1931 comenzó propiamente a redactar la *Historia del idioma español* (*ibídem*). En plena guerra civil, separado de sus ficheros y solo, fuera de España, Menéndez Pidal pensó en ella como un manual (un tomo o dos tomos) en 1937-1938 (en EE. UU.) (*loc. cit.*, 150 y ss.), hasta el punto de que, al llegar a Francia (en 1938, en la Sorbonne), había culminado ya el siglo XVII. Pero se entregó al estudio de la toponimia («una vez en Europa» –cf. Catalán, *loc. cit.*, 166-, «se sintió libre de la influencia americana del ‘fa presto’») y a la reflexión sobre la influencia de los sustratos prerromanos en la evolución del latín hispánico. Aun así, ya en Madrid, en 1939, Menéndez Pidal todavía acariciaba la idea de redactar un manual (*loc. cit.*, 198). Posteriormente, siguió trabajando en aspectos monográficos de dicha *Historia* pero no avanzó en ella más allá del final del siglo XVII, y, de otro lado, la *Historia de España* que coordinó para Espasa-Calpe centró igualmente buena parte de sus esfuerzos (además de la *Historia de la Épica*, el *Romancero*, y tantos y tantos otros temas)¹⁸.

¹⁸ Catalán (1974: 125-127) da cuenta de la dedicación de don Ramón a su *Historia de la Lengua* en el exilio de 1936-1939, y en su casa de Chamartín al regreso de Francia en 1939, y destaca: «Inconcebiblemente, Menéndez Pidal dejó después pasar los años sin concluir su gran

De suerte que Lapesa consideró, con acierto, y con todo derecho, por otra parte, que era necesario sacar a la luz su texto en 1942, máxime, como confesó también honradamente, teniendo en cuenta que se hallaba en un momento (1939) «difícil, en que circunstancias diversas concurrían a hacer muy problemático mi futuro profesional» (Lapesa, 1988: 1773). El resultado fue que las generaciones de los filólogos de la posguerra recibimos de él un libro que llegó a conocer nueve ediciones y es una obra esencial, capital, de la Filología española¹⁹.

4. LAS NUEVE EDICIONES DE LA *HISTORIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA* DE RAFAEL LAPESA

En su ponencia tantas veces citada de 1987 (Lapesa, 1988), don Rafael dio cumplida cuenta de la evolución de su HLE, desde la primera edición de 1942,

obra» (*loc. cit.*, 125). Pérez Villanueva (1991: 342-430) destaca ampliamente la dedicación de don Ramón a su *Historia de la Lengua* y aporta interesantes testimonios de su correspondencia con diversos filólogos (sobre todo, con Tomás Navarro Tomás, durante la guerra civil, y con Américo Castro) y con académicos, como don Julio Casares; en dicha correspondencia se perciben los vaivenes de su quehacer, sobre todo tras la guerra civil. En los años 1949-1952 son abundantes las cartas entre don Ramón y don Américo, quien le reprocha frecuentemente que se dedique a la «prehistoria» en lugar de a la «historia» de la lengua española que él «puede escribir mejor que nadie» (*loc. cit.*, 412-426). Asimismo, Pérez Pascual (1998: 263 y ss.) también comenta extensa y minuciosamente la dedicación de don Ramón a su *Historia de la Lengua*; en particular, a partir de su regreso a España en 1939, sobre todo, entre 1939 y 1942 (*loc. cit.*, 306); el esfuerzo de esos años se plasmaría en sus trabajos sobre la lengua castellana en el siglo XVII (publicados en forma de libro en 1986) y otros sobre el estilo de Santa Teresa, la lengua de Cristóbal Colón, etc., una preocupación más inclinada hacia los siglos de Oro frente al periodo medieval, si bien también se dedicó profundamente a la historia de la épica (que antepuso a la historia de la lengua: cf. Pérez Villanueva, 1998: 439); según Pérez Pascual, don Ramón solo renunció a la *Historia de la Lengua* a partir del 9 de marzo de 1965 (el día en que sufrió una trombosis) (*ibidem*). De todas formas, la noticia más pormenorizada y actualizada sobre la *Historia de la Lengua* de don Ramón, la ofrece D. Catalán (2004).

¹⁹ Podrían contarse innumerables anécdotas sobre la autoridad, prestigio, devoción o seducción que la obra de don Rafael ejerció sobre todas las generaciones de estudiantes que lo conocieron casi hasta el final de su vida. Sirva como muestra la que relata Ana Valenciano (2009: 55-56), quien colaboró con Lapesa en el «Seminario Menéndez Pidal» durante muchos años. A fines de los años 80 pasó a ser profesora de Literatura hispanoamericana en la Complutense y don Rafael se ofreció a sustituirla en alguna de las clases de sus inicios como docente: impartió dos y fueron memorables; a su término, todos los alumnos solicitaron del ilustre profesor que les firmara su *Historia de la Lengua Española*. Por cierto, Valenciano cuenta también que una de las alumnas salió corriendo y compró a toda prisa un ejemplar que Lapesa se detuvo a firmar cuando estaba ya en la puerta de salida, y comentó, asombrado: «¿Pero cómo es posible que este libro cueste 1.900 pesetas?» (Ana Valenciano añade que Francisco de Bustos estaba allí y fue testigo del hecho).

hasta la novena, de 1981. Pronto renunció a componer el librito «para obreros y campesinos, aunque no al carácter de obra de iniciación, asequible al no especializado, pero útil al futuro filólogo» (*loc. cit.*, 1773). La decisión dio como resultado un libro precioso, que reflejaba una visión completa (desde la España prerromana hasta nuestros días) de la historia de «la constitución y desarrollo de la lengua española como reflejo de nuestra evolución cultural» (Lapesa, 1942: 7), en la que el autor trataba de aunar el rigor científico con el tono de la divulgación (*ibidem*). R. Eberenz (2009: 127-128), lector primerizo del libro ya en los años setenta, destaca su recuerdo personal: «su lectura me resultó particularmente agradable, ya que muchos capítulos se podrían leer del comienzo al final, como un bello relato en el mejor sentido de la palabra». Y añade:

Frente a quienes postulan un estilo más descriptivo para una historia de la lengua española, yo sigo creyendo que la Historia con mayúsculas no debe abandonar completamente la narración, forma discursiva que nos permite captar con especial intensidad el devenir de las cosas (*loc. cit.*, 127)²⁰

El libro fue prologado por don Ramón Menéndez Pidal, que le dio la bienvenida desde el primer párrafo: «La historia de la lengua española ha sido objeto de obras muy valiosas, a las que se viene a sumar, muy bien venida, ésta del señor Lapesa, sin asomo de conflicto entre ellas» (Menéndez Pidal, 1942: 5). Reconoce el maestro que la historia de un idioma se puede concebir bajo planes más diversos que cualquier otra historia, ya que la cronología de la evolución histórica se ofrece con vaguedad. Y desvela rotundamente el método adoptado por don Rafael –«sencillo y claro, además de ser convenientemente comprensivo» (*ibidem*)–: su hilo conductor es la historia externa y, simultáneamente, va presentando la evolución interna de la lengua, gramatical y léxica. Destaca que se trata de un libro de divulgación –una breve historia, además– y recalca que está escrito con la precisión y el rigor que avalan la formación del autor. Subraya el interés de aunar el estudio lingüístico con el literario y termina confiando en que «este libro, que sabe decir lo sustancial y sabe decirlo bien, contribuya a difundir conocimientos lingüísticos a que tan poca atención suele concederse» (*loc. cit.*, 6).

²⁰ Eberenz insiste (*ibidem*): la HLE «es, pues, un libro que se lee con placer aunque, gracias a sus excelentes índices, también se puede utilizar como obra de consulta. Este doble acceso se facilita con una perfecta estructuración de la materia». El filólogo subraya el apoyo del autor en documentos heterogéneos (administrativos para la Edad Media y literarios) y en una cuidada elección entre los hechos políticos y sociales de tipo general y otros más relacionados con la comunicación lingüística para describir la evolución de la lengua, método que prueba el rigor del trabajo llevado a cabo, y ello, claro está, se aplica a la primera edición (1942) y a la novena y última (1981).

A mí siempre me ha parecido un poco seco el prólogo de don Ramón a la HLE, pero, ciertamente, si se repara en la distancia cronológica y profesional entre maestro y discípulo, parece claro que el maestro, estando satisfecho de avalar al discípulo, al mismo tiempo tal vez pensara en la magna obra soñada por él, en relación con la cual el texto de Lapesa habría de resultarle un modesto, e impecable, librito.

En su «Historia de la HLE» tantas veces citada, don Rafael da cuenta de la entusiasta reacción que provocó su obra: incluye las reseñas de que fue objeto (citó y agradeció siempre las que le dedicaron en las sucesivas ediciones de la HLE –y, por supuesto, las atendió cumplidamente para mejorar el texto–), las cartas que le remitieron conspicuos filólogos españoles y extranjeros, los elogios y comentarios de otros colegas y amigos, etc.²¹ La buena acogida de que gozó el libro, unida a las magníficas posibilidades que le ofreció a su autor su visita, a fines de los años cuarenta (por medio de la intervención de don Américo Castro), a las Universidades (y sus «maravillosas bibliotecas») de Princeton, Harvard, Yale y Berkeley, le convencieron de que la obra «de iniciación y divulgación, al haber sido acogida en las universidades tenía que dejar de parecerse a aquellos seductores libritos como ‘le grec sans larmes’ o ‘le latin sans pleurs’» (*loc. cit.*, 1775). Así que, sin perjuicio del cuidado estilístico,

había que acentuar el rigor, no evitar el tecnicismo necesario, extenderse en los problemas abstrusos que lo requiriesen, reflejar los avances de la investigación, llenar los vacíos propios de la originaria elementalidad, aumentar notas y bibliografía (*ibidem*).

En resumen, en la segunda edición (Lapesa, 1950), el libro «ganó más en utilidad», quedó despojado de la antología que aparecía al final de la primera edición –«ajena a mi propósito inicial»– y «apareció refundido, con ochenta y tantas páginas más de texto, en el otoño de 1950» (*loc. cit.*, 1775). De nuevo fue acogido con sumo interés y, en general, con valoraciones sumamente positivas. Algún filólogo (alude a él Lapesa –*ibidem*–) lamentó, al reseñar dicha edición, «que el libro hubiera perdido algo de su atractivo». Se trata de la recensión crítica de Yakov Malkiel en la *Romance Philology* (VI, 1952, pp. 52-63). Pero, aunque probablemente no

²¹ Así, cita: «Carta calurosísima y alentadora de Vossler, (...) una tarjeta de felicitación con el ofrecimiento de dar cabida en la *ZRPh* a ulteriores artículos míos [de W. von Wartburg] (...). Yakov Malkiel, Rosenblat, Salvador Fernández Ramírez y Emilio Lorenzo, entre otros, me hicieron reseñas favorables. (...) Américo Castro, Navarro Tomás, Amado Alonso, Antonio Rodríguez Moñino y Aurelio Viñas me felicitaron efusivamente. (...) El libro tuvo aceptación en universidades españolas y de otros países. Y a la larga me abrió también el camino a la cátedra universitaria» (Lapesa, 1988: 1773-1774).

exenta de razón, fue un hecho aislado. Más de veinte años después, Diego Catalán (1974: 129 y n. 325) mostró su desacuerdo con Malkiel, pues «el libro de consulta posterior» le pareció claramente preferible al «libro escolar primitivo».

Fue así como la HLE de Lapesa se convirtió, con las agudas palabras de Amado Alonso, en carta fechada el 2 de marzo de 1951, en «un gran libro»:

Déjeme que junte en una misma alegría a unos cuantos amigos: Dámaso con su estupenda «Poesía Española», Salvador con su magnífica gramática, Jorje [sic] Guillén, con su definitiva edición de «Cántico». Bueno su Historia, que ya era el mejor libro en su género para las lenguas romances, ahora se ha puesto casi iba a decir de tiros largos. Se ve el método: tener un «ejemplar de autor» y llevar a él todas las cuestiones conexas. Y, como las ediciones se van a suceder, voy a sugerirle ya que las apunte «desde ya», como dicen los peronistas [las observaciones que le incluyo a continuación]. [Y Amado Alonso las va desgranando en las líneas siguientes]²².

También Américo Castro y Tomás Navarro Tomás agradecieron, con gran alegría, la nueva versión. Don Tomás Navarro, le escribía a Lapesa el 27 de junio de 1951:

Al regresar a Nueva York he encontrado el ejemplar que me ha enviado usted de la segunda edición de su Historia de la lengua. Veo que viene muy aumentada de volumen y muy mejorada de presentación. Hacía mucho tiempo que mis estudiantes esperaban esta reedición, de la cual todos los cursos se necesitan varios ejemplares. Ya hemos hecho el encargo para que el Bookstore de la universidad se haga con suficientes ejemplares para el otoño próximo. (...) No he dejado de apreciar también [en] esta ojeada la incorporación bibliográfica de los trabajos más recientes. (...) Ya el libro supo abrirse camino, y tiene asegurado su porvenir, con poco que usted lo atienda. Es importante que entre la segunda edición y la tercera no pase agotado tanto tiempo como ha estado ahora.

Y don Américo Castro, el 16 de marzo de 1951:

Su Historia parece otro libro por fuera y por dentro: «invaluable» como decimos por acá. La exposición es clarísima, los puntos de vista muy adecuados y la bibliografía suficiente. Supongo que pronto se agotará la edición, y entonces haga V. una cosa algo grande, ya que por desgracia no vamos a tener nunca la obra tan esperada de D. Ramón.

²² La carta citada la he consultado en la Biblioteca Valenciana, donde se guarda todo el legado bibliográfico y la correspondencia recibida por don Rafael Lapesa, etc. Pasé varios fines de semana, en noviembre y diciembre de 2007, en dicho lugar, y consulté la correspondencia remitida a don Rafael por don Ramón Menéndez Pidal, don Américo Castro, don Tomás Navarro Tomás, don Amado Alonso, don Dámaso Alonso, don Manuel García Blanco, don Salvador Fernández Ramírez, don Samuel Gili Gaya y don José Manuel Blecua, entre 1943 y 1962. El correspondiente más apasionante es, con mucho, don Américo Castro.

No tengo muchas observaciones, por falta de tiempo para hacerlas. Veo q. en la p. 44 ha suavizado lo de Séneca; pero no veo que trate de la extraña uniformidad de la lengua frente a los cortes ofrecidos por el francés e inglés; ni de la prosa de la época de Alfonso el Sabio, que sigue V. atribuyendo al rey (que tal vez nunca redactó ni una carta). Aben 'Ezra, que residía en Italia y Francia, escribió en latín su cosa de las Tablas Astronómicas. Me doy cuenta, sin embargo, de que una obra pedagógica no puede escandalizar, sobre todo in hac tempestate.

Y el 29 de marzo de 1951, insiste:

Ya le dije en otra cuánto me gusta y sirve su nueva Historia: rehacer significa estar vivo por dentro.

En efecto, en sucesivas ediciones, Lapesa rectificó, matizó, amplió, etc. su «ejemplar de autor» en los aspectos que minuciosamente analiza y comenta en su espléndida ponencia de 1987 (Lapesa, 1988), dando cuenta –e incorporando lo necesario al texto– de las adiciones bibliográficas –desde monografías dialectales, por ejemplo, tan frecuentes en los años cincuenta y sesenta, pasando por contribuciones de mayor o menor calado sobre los orígenes y evolución de fenómenos fónicos, morfológicos, sintácticos, léxicos, etc. diversos, hasta las nuevas ediciones de textos o los estudios sobre determinados autores literarios o sobre otro tipo de documentación–, sin olvidar la discusión sobre los aspectos espinosos y más controvertidos (el andalucismo del español de América, por ejemplo, la datación de los primeros casos de seseo, yeísmo, etc.). Así, en síntesis, don Rafael nos va recordando que la tercera edición (Lapesa, 1955) no aumentó significativamente el número de páginas aunque presentó bastantes modificaciones y añadiduras; la cuarta (Lapesa, 1959b) añadió unas pocas páginas más a la anterior, pero también «con multitud de enmiendas y adiciones» (*loc. cit.*, 1780); la quinta (Lapesa, 1962) fue una mera reimpresión de la cuarta, pues el autor pasó el curso 1959-1960 en el *Institute of Research in the Humanities* en la Universidad de Wisconsin, donde se dedicó al estudio histórico de la sintaxis española (*loc. cit.*, 1781); la sexta edición (Lapesa, 1965) reprodujo, asimismo, el texto de la cuarta y de la quinta, con algunas correcciones; la séptima (Lapesa, 1968) fue una pura reimpresión de la precedente. Agotada esta, la editorial (Escélicer) le pidió autorización para reimprimirla en *offset*, lo que le originó al autor enojosas complicaciones que él, elegantemente, señala «que no vienen al caso» (*loc. cit.*, 1782) (en fin, la obra resultó, hablando coloquialmente, «pirateada»). Así fue como se llegó, en 1980, a la octava edición, publicada por Gredos, que supuso, como indica Lapesa, una refundición total: «convertido en vademécum universitario, el libro recibió la estructura conveniente, con numeración de páginas y apartados para facilitar las referencias» y pudo incluso reflejar transcripciones fonéticas; además, don Rafael dedicó la obra a la memoria de don Tomás

Navarro Tomás, fallecido en 1979, y redactó un nuevo prólogo en el que relataba el origen de su HLE (*loc. cit.*, 1782 y ss.). Todavía publicó al año siguiente una novena edición (Lapesa, 1981) con modificaciones. En suma, intentó que el libro plasmará su visión de la historia de la lengua española, y que, al mismo tiempo, reflejara la evolución de los estudios de la historia del español, pues así «será más fácil advertir los cambios introducidos a lo largo de ese medio siglo en la concepción general del devenir de nuestra lengua, las nuevas realidades descubiertas en unos u otros momentos, las teorías o hipótesis controvertidas y los muchos puntos rectificadas» (Lapesa, 1988: 1771).

5. TRANSCENDENCIA DE LA HLE DE LAPESA

Como he indicado, cada edición de la HLE contó con reseñas críticas. El libro fue acogido permanentemente con enorme interés en el seno de la Filología Románica. Pero recientemente, con motivo del centenario del nacimiento de Lapesa, se ha llevado a cabo una valoración globalizadora desde distintas perspectivas (Bustos Tovar / Cano Aguilar, eds., 2009). Ya a mediados de los años setenta del siglo pasado, con todo, D. Catalán (1974: 128-129), sobre el conjunto de las siete ediciones aparecidas para aquellas fechas, emitía un juicio sobre la obra de don Rafael: esta reflejaba, según Catalán, «no sólo un vademécum para el estudiante universitario, sino una amena lectura para el público general cultivado» (*loc. cit.*, 129), y especialmente mostraba, «detrás de aquel modesto manual de divulgación (...), una genuina obra de investigación», ya que, «al intentar cubrir el campo en su totalidad, [Lapesa] tuvo que salvar muchos vacíos, pues la bibliografía lingüística sobre el español estaba y está lejos de tener la riqueza de la referente al francés o al italiano» (*ibidem*); por otra parte, Catalán (*loc. cit.*, 130 y n. 327) reconocía igualmente la contribución original de Lapesa al estudio de la sintaxis histórica del español, cuyos resultados, por supuesto, se fueron incorporando, como en el caso de las contribuciones ajenas, a la obra de conjunto (cf. igualmente Blecua, 1975: 178), y subrayaba su atención al español contemporáneo, igualmente estudiado en la HLE (cf. Lapesa, 1996). También Cano Aguilar (1982), al reseñar críticamente la refundición de la HLE en la editorial Gredos (Lapesa, 1980), aportaba una nueva valoración de conjunto.

Mucho más recientemente, a la distancia de casi treinta años de la última edición de la HLE, se han vertido juicios de valor más sedimentados. Bustos Tovar (2009b: 479) recuerda que el manual de don Rafael pasó por diferentes etapas: del manualito de 1942, al vademécum universitario de las ediciones posteriores (1950-1968), hasta convertirse (1980-1981) en una obra insustituible para los estudiantes y de referencia permanente para los filólogos. Puntualizando sobre su específica vi-

sión de la historia de la lengua, Bustos considera que, en su obra, Lapesa «encontró el punto exacto de equilibrio entre positivismo e idealismo» (ibidem), a partir de dos puntos de referencia esenciales: a) el apoyo en fuentes documentales y, entre ellas, los textos literarios, porque, para don Rafael, constituyen el espejo más rico y variado de la realidad lingüística, y b) la convicción de que los fenómenos lingüísticos, aunque sometidos a las leyes internas que rigen el sistema (principio de raíz estructuralista), alcanzan el grado de generalización necesario en relación más o menos directa con los fenómenos socioculturales de cada periodo histórico (*loc. cit.*, 480). Lapesa, según Bustos (ibidem), habría madurado desde el punto de vista inicial (tratar de ofrecer «la constitución y desarrollo de la lengua española como reflejo de nuestra evolución cultural», Lapesa, 1942: 7) hasta la octava edición de 1980, completada con la novena, de 1981, en las que don Rafael incorpora todo el enorme fondo de su investigación personal e integra la aportación de los grandes filólogos del siglo XX (cf. asimismo, Bustos Tovar, 1998). También María Teresa Echenique Elizondo (2008: 50) subraya el ejemplar esfuerzo de actualización que don Rafael Lapesa llevó a cabo en su HLE, pues fue incorporando a ella los logros que la disciplina iba consolidando en el campo de las lenguas prerromanas, la dialectología, la relación entre la lengua hablada y la escrita a través de los siglos, la fonología diacrónica (cf. Echenique Elizondo, 1998), la sintaxis histórica, la lexicografía histórica, etc., con el fin de ofrecer a los estudiosos (estudiantes en su gran mayoría) los nuevos avances de la materia.

Diversos autores se han ocupado de la aportación de Lapesa, incorporada siempre a la HLE, para el estudio histórico de los distintos niveles de la lengua o de diferentes perspectivas lingüísticas. Tanto Ariza (2009) como Salvador Plans (2009) destacan su contribución a la fonética y fonología históricas (y remiten, asimismo, a Echenique Elizondo, 1998). Para la sintaxis histórica son Company (2009) y Eberenz (2009) los que analizan su valiosa aportación. Por su parte, Álvarez de Miranda (2008) subraya que, desde sus comienzos como becario del CEH, Lapesa se dedicó al estudio del léxico (cf. Catalán, 1974: 128) y, en buena medida es gracias a su investigación personal sobre dicho ámbito como don Rafael corrigió, amplió y matizó muchas páginas de la HLE en sus sucesivas ediciones y, sobre todo, incluyó epígrafes enteramente nuevos en la octava edición (Lapesa, 1980) (*loc. cit.*, 272). En lo que se refiere al análisis lexicográfico, es Alvar Ezquerro (2009) quien hace balance de la contribución de Lapesa.

La contribución de Lapesa es especialmente estimada en algunos campos temáticos y para ciertas perspectivas lingüísticas. Se ha destacado particularmente la fina sensibilidad estética de don Rafael y su certera brillantez en el análisis de los textos literarios (riguroso, preciso, sagaz y fiel al valor de las palabras en su contexto y en el texto): un sólido ejemplo para los historiadores de la literatura y los críticos literarios (Amorós, 2009: 341), que descansa en principios que merecen mayor

detenimiento, como mostraré en seguida. Marcos Marín (2009) y, sobre todo, Santiago Lacuesta (2009) se han ocupado de la contribución de don Rafael a la edición de textos, poniendo de relieve que transcribió muchos a lo largo de toda su vida: por ejemplo, de los 31 que incluía la primera edición de la HLE (1942), 14 eran transcripciones suyas a partir de manuscritos o ediciones impresas originales de los siglos XV al XVII (Santiago Lacuesta, 2009: 385, 403-406).

De otro lado, la inclusión del español hablado y escrito en América en la HLE y el enfoque de su estudio por parte de don Rafael Lapesa han sido especialmente encomiados por varios estudiosos; Cano (2009a) pone de relieve que el maestro apenas dedicó trabajos específicos al español americano, pero se refiere a él de forma constante en la obra que nos ocupa; pero, sobre todo, han sido Rivarola (2009) y muy especialmente Moreno de Alba (2009) quienes han destacado la calidad del enfoque de Lapesa en el análisis del español en América. Moreno de Alba destaca que, frente a Menéndez Pidal, cuya *Gramática histórica* apenas hace referencia al español americano (reconoce, con todo, que don Ramón publicó imprescindibles trabajos sobre el tema), Lapesa no solo incorpora su estudio a su HLE, sino, sobre todo, analiza el español americano valorando con justeza sus características –a diferencia de lo que sucede en algunos manuales y tratados–: los cambios operados en él «no son vistos (...) como desviaciones del español europeo (...), sino como el resultado de una serie de fenómenos lingüísticos que tuvieron lugar en la totalidad o en la mayor parte de los idiolectos americanos y sólo en parte de los idiolectos peninsulares» (*loc. cit.*, 433). Moreno de Alba subraya especialmente las posiciones diferenciadas entre Menéndez Pidal y Lapesa a la hora de calificar las peculiaridades lingüísticas del español americano y de ciertas variedades del español regional: Menéndez Pidal analiza las peculiaridades andaluzas y americanas relativas al seseo como *admitidas* en español, y considera el yeísmo vulgar; confunde, pues, lo correcto con lo ejemplar; Lapesa, en cambio, trata dichos fenómenos como el resultado sistemático de una serie de cambios y nunca confunde lo ejemplar con lo correcto (lo correcto –de acuerdo con distinciones coserianas– es la propiedad de los hechos de habla en relación con un sistema abstracto, no histórico; mientras que lo ejemplar tiene que ver con un determinado sistema lingüístico que tiene una comprobación de índole histórica) (*loc. cit.*, 435). Asimismo, Moreno de Alba compara la valoración que hace Lapesa del léxico americano, frente a la que postula Zamora Vicente: a diferencia de Zamora, que considera el español americano «arcaico, popular o vulgar», Lapesa no emplea dichos términos, porque no adopta una visión eurocéntrica del español americano, sino que viene a coincidir con las inteligentes ideas de Amado Alonso (*loc. cit.*, 437-438). Para Moreno de Alba, «Lapesa es el filólogo por excelencia (estaba dotado, como quería Menéndez Pidal, con amplios conocimientos de historia, de literatura y de lingüística) (...); aunque sus saberes son eximios en cualquier campo de la filología, en el que se nos

muestra como un verdadero maestro es en el de historiador de la lengua española» (*loc. cit.*, 439).

De otro lado, Emilio Ridruejo (2009: 228-229) ha valorado acertadamente la posición de Lapesa entre el positivismo y el idealismo y, especialmente, ha sabido destacar su aproximación hacia perspectivas lingüísticas mucho más novedosas y actuales: don Rafael –recalca Ridruejo– se mantiene en el positivismo, porque este garantiza la perdurabilidad de sus propuestas; se aproxima con cautela al idealismo, y, al enfrentarse al estudio de estructuras gramaticales, morfológicas y sintácticas –los determinantes, las fórmulas de tratamiento, las oraciones causales, etc.–, cuya definición no puede hacerse al margen de la enunciación y de sus participantes, como otros lingüistas de principios y mediados del siglo XX (Bally, Jakobson, Benveniste), avanza tratamientos que coinciden con desarrollos posteriores de la pragmática lingüística (sin que ello signifique que avance un nuevo paradigma epistemológico).

En cuanto al análisis de los textos literarios, Bustos Tovar (2009b) ha puesto de relieve la deuda de los planteamientos de Lapesa con los de Menéndez Pidal, pero, al mismo tiempo, ha destacado que don Rafael no se limitó a continuar la metodología del gran maestro (*loc. cit.*, 360), pues abordó el análisis textual desde nuevas perspectivas, bajo la influencia de Américo Castro, Amado Alonso y Dámaso Alonso: el primero le aportó el término (y el concepto) de «vidiura hispánica» (cf. Laín, 2009); el segundo, los implicados bajo el marbete de «delicia estética», y el tercero le proporcionó «los instrumentos de análisis más refinados para establecer la relación armónica entre el significante y el significado» (*ibidem*, donde se explica con más detalle el alcance de lo expuesto). Según Bustos Tovar, don Rafael

(...) sabía muy bien que el lector de la obra literaria –y con mayor razón aún si éste es un filólogo– no es un mero receptor pasivo de los textos, sino el hombre que busca en ellos respuesta a sus propias interrogantes y a las que históricamente se ha planteado la comunidad a la que pertenece. Así concibió siempre su indagación lingüística y literaria (*loc. cit.*, 366).

6. VIGENCIA DE LA HLE DE RAFAEL LAPESA

Al término del prólogo a la octava edición de su obra (Lapesa, 1980: 14), don Rafael nos dice:

Recuerdo inevitablemente la pregunta de la Epístola moral: «De la pasada edad ¿qué me ha quedado?»; y me respondo que, por encima del cansancio, queda el afán ilusionado de seguir inquiriendo el mensaje que se guarda en el ser y el devenir de nuestra lengua.

No cabe duda del inmenso valor que posee la obra que comentamos. Pero, ¿pueden seguir vigentes sus planteamientos? Ya en 1974, Diego Catalán (*loc. cit.*, 129-132), admitiendo muchos de los logros de las historias de la lengua por oposición a las gramáticas históricas (aquellas nacieron como reacción e intento de superación de los esquemas metacrónicos de estas), denunciaba las limitaciones que conlleva el apoyo casi exclusivo –o, al menos, privilegiado– en la documentación literaria –esencial para un historiador de la lengua como Lapesa– para su realización. Catalán se muestra de acuerdo en algo reconocido por Lapesa (1959a): la historia de las lenguas solo puede hacerse en constante referencia a la historia cultural de la comunidad o comunidades que la hablan (Catalán, 1974: 130 y n. 326). Pero, por ello mismo, los historiadores de la lengua no aceptan el principio, dominante entre los positivistas, de que la literatura solo interesa al estudio de la lengua en su calidad de documento de usos lingüísticos (*loc. cit.*, 131). Ahora bien, en la práctica, la integración de la historia lingüística y de la historia literaria ofrece grandes dificultades: los hallazgos expresivos de los autores rara vez dejan huella en la lengua colectiva (*ibidem*). De modo que las historias de la lengua suelen tener un carácter jánico o bifronte:

Por un lado atienden a la historia de los cambios de gusto artístico (fácilmente documentables); por otro, a la historia de las transformaciones del sistema tradicional (siempre de más difícil documentación); pero esa historia bifronte ni siquiera puede reducirse a una misma periodización, pues los estilos literarios cambian en rápida sucesión, mientras que la superposición de unas normas lingüísticas por otras es muy lenta (*loc. cit.*, 132).

Dicho esto, lo cierto es que no cabe aplicar los reparos señalados a la obra de don Rafael. La Escuela Española de Filología, bajo el magisterio de Menéndez Pidal, practicó una sabia combinación del positivismo y el idealismo. De hecho, eso le ha impreso su auténtica personalidad (como ha mostrado Coseriu, 1977, citado también por Catalán, 1974: 41; o Yakov Malkiel: *apud* Catalán, *loc. cit.*, 41-42)²³.

²³ Es interesante apreciar que las palabras de Catalán (1974: 342-343), no se sostuvieron, salvo, tal vez, entre los historiadores de la lengua (y en estos, con muchas salvedades) durante la década de los años 70-80, en las que asistimos a un divorcio de las disciplinas lingüísticas y literarias, con métodos muy alejados entre sí; sin embargo, a partir del interés cada vez más amplio por la pragmática y el análisis del discurso, nuevamente va haciéndose válido, desde otros planteamientos teóricos (el llamado «paradigma comunicativo»), por supuesto, lo que Catalán postulaba. He aquí las palabras a las que acabo de aludir: «(...) la tradición de no separar los estudios lingüísticos de las humanidades sigue estando en pie; y pocos lingüistas hispánicos tienen una formación matemática suficiente para aplicar el instrumental de las ciencias formales del análisis y descripción de las relaciones, funciones y estructuras lingüísticas. Es, pues, bastante probable que el ‘integralismo’ de Menéndez Pidal (su negativa a divorciar la lingüística de la historia cultural y del estudio de sus manifestaciones literarias) sobreviva a su magisterio, y que el

Es cierto, con todo, que, en su seno, se produjeron diferencias muy notables: como destaca Portolés (1986: 22-83), la visión del historicismo que aporta Américo Castro es muy diferente de la de Menéndez Pidal; para Castro, las relaciones lengua-sociedad son especulativas (*loc. cit.*, 102), mientras que, para don Ramón, «el paso de las culturas son señales que van quedando en la herramienta comunicativa» (ibídem)²⁴. En esa línea, Castro practicaba atractivos y sugestivos análisis semántico-léxicos: las *seudomorfosis* o paralelismos expresivos determinados por vivencias coincidentes, fenómenos de simpatía anímica; se manifiestan, por ejemplo, en ciertas palabras románicas que han adquirido acepciones nuevas por la presencia mental de una palabra árabe con la que tenían un significado común (cf. Laín, 2009: 315). El fenómeno atrajo y convenció a Lapesa en muchas ocasiones, pero rectificó también a menudo sus propuestas, si el estudio de nuevos datos le llevaba a refutarlas. Como ha expuesto acertadamente Ridruejo (2009: 213-219), en todos los estudios de Lapesa hay un acopio importante de datos que son clasificados y analizados dentro de la mejor tradición positivista; solo a partir de tal conjunto de datos, se atreve don Rafael a formular hipótesis explicativas (cf. Echenique Elizondo, 2009); por otra parte, Lapesa, como Menéndez Pidal, ve una vinculación evidente entre la historia de la lengua y la historia de la sociedad y de la cultura, de manera que es imposible estudiar la evolución de la lengua como algo aislado y autónomo, pero Lapesa, lo que plantea es, sobre todo, la influencia de la historia de la lengua en la historia de las ideas y en la historia general, más que al contrario (Ridruejo, 2009: 219).

Para Cano (2009b: 483), el gran modelo del que partió Lapesa en su HLE estaba en los *Orígenes del español* de Menéndez Pidal (aun cuando tuviera en cuenta también, como cita en su HLE, 1942: 7, a autores como Vossler, Wartburg, Entwistle y Oliver Asín). El marco básico no cambió, si bien don Rafael amplió el estudio en el terreno propiamente lingüístico (desde los sustratos prerromanos al

pecado original, o *felix culpa*, de la escuela española siga siendo una formación que tiende a borrar los límites entre el estudio de la lengua y el de las sociedades hablantes, entre la consideración sincrónica y la consideración diacrónica de las lenguas y entre los estudios de la comunicación lingüística y los de la literaria». Por otra parte, justamente los nuevos planes de la E.S.O. y del Bachillerato integran el estudio de la lengua con el de la literatura, si bien con una asignación temporal que hace muy difícil que pueda prestarse atención a los textos literarios.

²⁴ Cf. la reflexión recogida en una nota privada de don Ramón Menéndez Pidal que cita Pérez Villanueva (1991: 427): «Para Castro se hace primero la teoría y después se buscan los datos como adorno, ilustración de ella, en vez de buscar primero los datos como cimiento, y fundar sobre ellos la teoría. Para Castro los datos explican las teorías. Para el historiador la teoría es una explicación de los datos (...). Castro, libro simpático si los hay, porque está escrito con pasión arrolladora». No he podido ocuparme –me hubiera extendido en exceso– de la correspondencia enviada por Castro a Lapesa, de la que solo he entresacado un par de citas. Quede todo ello para otro trabajo.

español de América), mientras que la extensión al análisis de la lengua literaria fue menor y desigual. Reflexionando sobre la vigencia de la HLE, Cano (2009b: 489) subraya que es claro que todo lo que se utiliza en la HLE es relevante, «pero quizá no englobe todo lo que fue verdaderamente relevante para la historia lingüística» (ibídem). Cano apunta, así, aspectos o direcciones en las que podría ampliarse el marco de la HLE: el análisis de los movimientos de población, el de la estructura social de la comunidad, la conciencia interna y externa de los respectivos grupos sociales, la dimensión económica de la historia humana, la organización de los diversos grupos o sectores productivos (*loc. cit.*, 490). En definitiva, muchos de los fenómenos que abarca la sociolingüística histórica.

Otro tipo de ámbito en el que podría ampliarse la HLE, según Cano (ibídem), es el de las tradiciones discursivas (que algunos discípulos de Coseriu, como Johannes Kabatek, han puesto especialmente de relieve). Las posturas contrarias a la consideración de los textos literarios como la fuente fundamental de la historia de la lengua (representadas, por ejemplo, por J. A. Frago o F. Gimeno —el primero revisa críticamente también diversas postulaciones de Menéndez Pidal y Lapesa sobre cuestiones atinentes, sobre todo, a la génesis y evolución del andaluz, el canario y el español americano— cf. Gimeno, 1990; Frago, 1993) han de tenerse en cuenta, sin duda, pero no necesariamente invalidan el análisis de los textos literarios desde una perspectiva histórico-lingüística, aunque sí condicionan el alcance de las conclusiones que puedan obtenerse de él para la historia de la lengua (ibídem). Cano (2009b: 499 y ss.) reflexiona igualmente sobre otros aspectos que se suscitan en torno al estudio de la historia del español: el supuesto carácter «nacionalista» de la HLE (a partir del protagonismo asignado al castellano en la evolución de la lengua por la Escuela española de Filología) —reproche que no parece admisible, si bien cabe añadir el análisis de la historia de las actitudes y creencias de los hablantes en torno a las variedades lingüísticas empleadas por ellos en una HLE—; el estudio del contacto de lenguas en la evolución del español; la posible elaboración de una HLE colectiva (Cano, 2004 sería un ejemplo en esa línea)²⁵, etc.

Pero, como indica Gauger (2009: 525-529), la HLE constituye un texto vivo y vigente, porque Rafael Lapesa dominaba la historia y la crítica literarias, y la historia general de su país, y es claro que la evolución de la lengua está condicionada por la historia interna, la historia externa y la historia en general. Pero además, para

²⁵ Vale la pena pensar en ello. La *Histoire de la langue française* editada por el CNRS y dirigida por G. Antoine y R. Martin representa un buen ejemplo de historia de la lengua colectiva, seccionada en periodos de tiempo relativamente cortos (por ejemplo, 1880-1914) y con un impresionante análisis sobre fenómenos lingüísticos característicos del periodo estudiado. Piénsese también en la *Histoire des Langues Romanes* publicada en dos volúmenes hace seis años y coordinada por G. Ernst *et al.* (para Mouton / De Gruyter).

Gauger (*loc. cit.*, 530), el libro no ha envejecido porque su autor no ha caído en la trampa de aferrarse a ambiciones teóricas (lo que, sin duda, es consecuencia del valor esencial asignado a los datos para abordar el estudio de la evolución de la lengua).

7. CONCLUSIÓN: LA *HISTORIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA* DE RAFAEL LAPESA COMO TESTIGO DE UNA ESCUELA Y DE UNA PERSONALIDAD

La HLE de don Rafael Lapesa es también, y muy especialmente, como he subrayado al comienzo de la presente contribución, un testigo de excepcional valor de lo que es y simboliza la Escuela española de Filología fundada por don Ramón Menéndez Pidal, del espíritu que la animó, del método científico que practicó, y de los principios morales que la guiaron. Son muchos los testimonios, en ese sentido, sobre la función de *punte* que tanto Lapesa como Dámaso Alonso, sobre todo, ejercieron entre el antes y el después de la guerra civil, para que, gracias a ellos, si no exclusivamente, sí de forma muy destacada, permaneciese vivo el legado del CEH y de la Escuela fundada por don Ramón: cf., al respecto, por ejemplo, Alvar (1966), Catalán (1974: 122 y ss.), Muñoz Garrigós (1990), Álvarez de Miranda (2008), Amorós (2009), Cid (2009), Herrero Ruiz de Loizaga (2009), Martín Zorraquino (2009), Seco (2009), etc., etc.

La HLE es, asimismo, un testigo de la personalidad de don Rafael Lapesa: hombre esencial, en palabras del poeta Jorge Guillén (Guillén, 1972). O, según el testimonio de don Américo Castro, en carta a don Ramón Menéndez Pidal (31 de mayo de 1952), «lo más parecido a un santo que conozco: bondad sin tasa, generosidad, sabiduría sin vanidad. A la chita callando, desliza juicios de gran acuidad» (citado en Pérez Villanueva, 1991: 423-424). Fue un sabio leal y fiel a sus maestros (la HLE refleja, según él mismo confiesa en su ponencia de 1987 –Lapesa, 1988– algunas pruebas de prudencia en el juicio o en la interpretación de algunos fenómenos –por ejemplo, respecto del andalucismo del español americano, por oposición a las tesis de Amado Alonso–, guiado por su deseo de no ofender, aunque, al mismo tiempo, hiciera prevalecer sobre aquel, naturalmente, su deber para con la verdad). Y fue Lapesa, al mismo tiempo, un maestro leal a sus alumnos y discípulos, al compromiso con su propio país, en tiempos no fáciles, y a las instituciones a las que sirvió eficaz, abnegada y generosamente (Bustos Tovar lo ha repetido a menudo): el Instituto, la Universidad, la Real Academia Española, etc. Queden como testimonio de todo ello las palabras de Luisa López Grigera (2009: 64):

Lapesa vino a los EE. UU., con sus cuarenta años ya cumplidos, como profesor visitante en el curso universitario de 1948-49. (...) era catedrático de instituto desde 1930, había ganado por oposición la cátedra de Gramática histórica de la Lengua Española en la Universidad Central de Madrid en 1947 (...). Recuerdo estas fechas, porque don Rafael mismo me contó que la Universidad de Harvard le había ofrecido una plaza «antes de ganar las oposiciones» en España –es decir, antes de 1947-, pero agregó que no aceptó ese puesto porque hubiera significado dejar abandonadas las nuevas generaciones españolas. Volvieron a ofrecérsela al morir Amado Alonso en 1952, pero por la misma razón tampoco aceptó²⁶.

Don Rafael constituye, en fin, un caso claro de disidencia, serena, discreta y rotunda, del régimen franquista (tras la depuración de 1939, que él denominó elegantemente «molestias»). Y, como señala Mainer (2003: 39), pertenece a una promoción de catedráticos que, «muy jóvenes todavía, hubieron de salvar el hiato entre los maestros exiliados o represaliados que, bajo el magisterio de Menéndez Pidal, se habían formado en la disciplina intelectual del Centro de Estudios Históricos, suprimido por decreto en 1939». La necesidad –continúa Mainer (*loc. cit.*, 40)– «los hizo maestros muy jóvenes de la primera promoción consolidada de la filología española de postguerra (...). Unos y otros –los jóvenes maestros y los aprovechados discípulos– devolvieron a la filología española en lapso de muy pocos años el prestigio que había tenido antes de la guerra civil».

En esa línea, la *Historia de la Lengua Española* de Lapesa fue, desde su aparición, un instrumento esencial para que los españoles se encontraran a sí mismos, en su lengua, y se descubrieran unidos, por ella, como técnica históricamente consolidada a través del tiempo y del espacio. En armonía. Desde una perspectiva rigurosa, fiel a los datos, sin miedo a la búsqueda confiada de la verdad.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ABAD, Francisco, 1988. «La obra filológica del Centro de Estudios Históricos», en J. M. Sánchez Ron, coord., *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*. Simposio Internacional. Madrid, 15-17 de diciembre de 1987, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, vol. II, pp. 503-517.

²⁶ Véase igualmente Satorre Grau (2008b). En la correspondencia examinada por mí (cf. *supra*, n. 22), tanto don Ramón Menéndez Pidal, como don Salvador Fernández Ramírez manifiestan su deseo de que don Rafael regrese de los EE. UU.: don Ramón, explícitamente, durante el viaje de fines de los años 40, le indica que es necesario en Madrid, en España; don Salvador, durante su ausencia a principios de los 50 para ayudar a Amado Alonso, solo se atreve a confesarle que ha respirado aliviado al saber que regresa y no ha aceptado ninguna cátedra en los EE. UU.

- ALVAR, Manuel, 1966. «Estado actual de los Atlas Lingüísticos españoles», *Arbor*, 243, pp. 263-286.
- ALVAR EZQUERRA, Manuel, 2009. «La lexicografía y los diccionarios en la obra de don Rafael Lapesa», en LOLDFA, pp. 239-264.
- ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro, 2008. «Lapesa en la Academia», en ELDRL, pp. 17-28.
- AMORÓS, Andrés, 2009. «Lapesa y el estudio de los textos literarios modernos y contemporáneos», en LOLDFA, pp. 339-349.
- ARIZA, Manuel, 2009. «Lapesa y los estudios sobre fonética histórica del castellano medieval», en LOLDFA, pp. 61-70.
- GASTÓN BURILLO, Rafael y José Manuel BLECUA, 1937. *Nociones de gramática histórica española*, Zaragoza, Librería General.
- BLECUA, José Manuel, 1975. «Introducción histórica y teórica», en J. Alcina Franch / J. M. Blecua, *Gramática española*, Barcelona, Ariel, pp. 33-202.
- BUSTOS TOVAR, Francisco y José Jesús BUSTOS TOVAR, 2008. «Rafael Lapesa en el marco de la Generación del Veintisiete», en ELDRL, pp. 31-41.
- BUSTOS TOVAR, José Jesús, 1998. «Rafael Lapesa historiador de la lengua», *Philologia Hispalensis*, XII/2, pp. 109-132. [Número monográfico dedicado a *Rafael Lapesa: su obra*].
- BUSTOS TOVAR, José Jesús, 2009a. «El estudio histórico, lingüístico y literario de los textos. Notas sobre una evolución teórica y metodológica: de Lapesa a nuestros días», en LOLDFA, pp. 351-370.
- BUSTOS, José Jesús, 2009b. «Historia de la Lengua». [Presentación previa a los trabajos sobre la contribución de R. Lapesa a la historia de la lengua], en LOLDFA, pp. 479-481.
- BUSTOS TOVAR, José Jesús y Rafael CANO AGUILAR, 2009. «Presentación», en LOLDFA, pp. 11-14.
- BUSTOS TOVAR, José Jesús y Rafael CANO AGUILAR (eds.), 2009. *La obra de Lapesa desde la Filología actual*, Madrid, Ministerio de Cultura / Sociedad Estatal de Conmemoraciones.
- CALVO, Blanca y Ramón SALABERRIA (eds.), 2005. *Biblioteca en guerra*. [Catálogo de la exposición instalada en la Biblioteca Nacional de Madrid, del 15 de noviembre de 2005 al 19 de febrero de 2006], Madrid, Biblioteca Nacional.
- CANO AGUILAR, Rafael, 1982. «Reseña a R. Lapesa, *Historia de la Lengua Española*», *Dicenda*, I, pp. 235-240.
- CANO AGUILAR, Rafael, 2009a. «El español en América». [Presentación previa a los trabajos sobre la contribución de R. Lapesa al estudio del español en América], en LOLDFA, pp. 409-411.
- CANO AGUILAR, Rafael, 2009b. «Lapesa y la concepción de la historia de la lengua para el español», en LOLDFA, pp. 483-508.
- CANO AGUILAR, Rafael (coord.), 2004. *Historia de la lengua española*, Barcelona, Ariel.
- CASTRO, Américo, 1922. *La enseñanza del español en España*, Madrid, Victoriano Suárez.
- CASTRO, Américo, 1924. *Lengua, Enseñanza y Literatura (Esbozos)*, Madrid, Victoriano Suárez.
- CATALÁN, Diego, 1974. *Lingüística ibero-románica. Crítica retrospectiva. Cien años de lingüística hispano-románica*, Madrid, Gredos.
- CATALÁN, Diego, 2004. «'Una catedral para una lengua'. (Introducción a la Historia de la Lengua de Ramón Menéndez Pidal)», en R. Menéndez Pidal, *Historia de la Lengua Española*, Madrid, Fundación «Ramón Menéndez Pidal» / Real Academia Española, vol. II, pp. 77-354.
- CID, Jesús Antonio, 2009. «La continuidad creadora: Rafael Lapesa», en LOLDFA, pp. 17-24.
- COMPANY COMPANY, Concepción, 2009. «La sintaxis histórica nominal en la obra de Rafael Lapesa: tradición e innovación», en LOLDFA, pp. 99-126.
- COSERIU, Eugenio, 1977. *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1977.

- EBERENZ, Rudolf, 2009. «La investigación sobre el futuro de subjuntivo y sus competidores: caminos abiertos por Rafael Lapesa», en LOLDFA, pp. 127-144.
- ECHENIQUE Elizondo, María Teresa, 1998. «Fonética y fonología en la obra histórica de Rafael Lapesa», *Philologia Hispalensis*, XII/2, pp. 9-16.
- ECHENIQUE Elizondo, María Teresa, 2008. «Semblanza de un maestro en el centenario de su nacimiento», en ELDRL, pp. 43-53.
- ECHENIQUE Elizondo, María Teresa, 2009. «Documentación y reconstrucción en los orígenes de la lengua castellana a partir de la obra de Rafael Lapesa», en LOLDFA, pp. 509-524.
- ECHENIQUE Elizondo, María Teresa y Francisco Javier SATORRE GRAU (eds.), 2008. *El legado de Rafael Lapesa. Valencia, 1908-Madrid, 2001*. Valencia, Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana).
- ELDRL = Véase ECHENIQUE ELIZONDO y SATORRE GRAU (eds.), 2008.
- ESTEBAN VEGA, Mariano, 2005. «El reformismo educativo y la Institución Libre de Enseñanza en la España del primer tercio del siglo XX», en I. Francia Sánchez / A. Rodríguez de las Heras, eds., *Sueños de concordia. Filiberto Villalobos y su tiempo histórico, 1900-1955*, Salamanca, Caja Duero, pp. 181-197.
- FRAGO GRACIA, Juan Antonio, 1993. *Historia de las hablas andaluzas*. Madrid: Arco/Libros.
- GAUGER, Hans-Martin, 2009. «Sobre la concepción y la realización de la historia de una lengua. A propósito de la *Historia de la Lengua Española* de Rafael Lapesa», en LOLDFA, pp. 505-535.
- GIMENO MÉNDEZ, Francisco, 1990. *Dialectología y sociolingüística españolas*. Alicante: Universidad de Alicante.
- GUILLÉN, Jorge, 1972. «Rafael Lapesa», en E. Bustos Tovar, et al., *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, Madrid, Cátedra-Seminario Menéndez Pidal / Editorial Gredos, I, pp. 9-10.
- HERNÁNDEZ DÍAZ, José María, 2005. «Villalobos, ministro de Instrucción Pública», en I. Francia Sánchez / A. Rodríguez de las Heras, eds., *Sueños de concordia. Filiberto Villalobos y su tiempo histórico, 1900-1955*, Salamanca, Caja Duero, pp. 363-390.
- HERRERO RUIZ DE LOIZAGA, Francisco Javier, 2009. «Mis recuerdos de don Rafael Lapesa», en LOLDFA, pp. 25-35.
- LAÍN, Milagro, 2009. «Notas lexicográficas de Rafael Lapesa en la correspondencia epistolar con Américo Castro», en LOLDFA, pp. 313-332.
- LAPESA, Rafael, 1942. *Historia de la Lengua Española*, Madrid, Escélicer.
- LAPESA, Rafael, 1943. *Formación e historia de la lengua española*. Obra aprobada por el Ministerio de Educación Nacional. Adaptación para Cuarto Año de Bachillerato. Madrid, Librería Enrique Prieto.
- LAPESA, Rafael, 1950. *Historia de la Lengua Española*, Madrid, Escélicer (2.^a ed.). [Corregida y aumentada].
- LAPESA, Rafael, 1955. *Historia de la Lengua Española*, Madrid, Escélicer (3.^a ed.). [Corregida y aumentada].
- LAPESA, Rafael, 1959a. «Historia lingüística e Historia general» [discurso inaugural de la Sección VII del XXIV Congreso Luso-Español para el Progreso de las Ciencias, pronunciado el 14 de noviembre de 1958], en *Actas del Congreso Luso-Español para el Progreso de las Ciencias*, Madrid, C. Bermejo, 1959, pp.173-179.
- LAPESA, Rafael, 1959b. *Historia de la Lengua Española*, Madrid, Escélicer (4.^a ed.). [Corregida y aumentada].
- LAPESA, Rafael, 1962. *Historia de la Lengua Española*, Madrid, Escélicer, (5.^a ed.). [Reimpresión].
- LAPESA, Rafael, 1965. *Historia de la Lengua Española*, Madrid, Escélicer (6.^a ed.) [Reproduce el texto de la 4.^a y de la 5.^a con algunas correcciones].

- LAPESA, Rafael, 1968. *Historia de la Lengua Española*, Madrid, Escélicer (7.^a ed.) [Reimpresión].
- LAPESA, Rafael, 1980. *Historia de la Lengua Española*, Madrid, Gredos (8.^a ed.) [Considerada por el propio autor como una refundición total a partir de la 6.^a].
- LAPESA, Rafael, 1981. *Historia de la Lengua Española*, Madrid, Gredos (9.^a ed.) [Con adiciones y nueva revisión].
- LAPESA, Rafael, 1988. «Historia de una ‘Historia de la Lengua Española’», en M. Ariza / A. Salvador / A. Viudas, eds., *Actas del I Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid, Arco / Libros, II, pp. 1771-1785.
- LAPESA, Rafael, 1996. *El español moderno y contemporáneo. Estudios lingüísticos*, Barcelona, Crítica.
- LAPESA, Rafael, 1998. *Generaciones y semblanzas de filólogos españoles*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- LOLDFA = Véase BUSTOS TOVAR y CANO AGUILAR (eds.), 2009.
- LÓPEZ GRIJERA, Luisa, 2008. «El legado de Rafael Lapesa en EE. UU.», en ELDRL, pp. 63-77.
- MAINER, José Carlos, 2003. *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*, Barcelona, Crítica.
- MARCOS MARÍN, Francisco, 2009. «Lapesa y los estudios sobre textos literarios castellanos (de la épica a la lengua alfonsí)», en LOLDFA, pp. 371-382.
- MARTÍN ZORRAQUINO, María Antonia, 1999–2000. «El legado de aquellos maestros: la enseñanza de la gramática histórica desde el bachillerato. (A propósito de una obra de Rafael Gastón Burillo)», *Archivo de Filología Aragonesa. Homenaje a don Antonio Llorente Maldonado*, LVI, pp. 63-77.
- MARTÍN ZORRAQUINO, María Antonia, 2009. «Don Rafael Lapesa: el maestro de la bondad esencial», en LOLDFA, pp. 37-43.
- MARTÍN ZORRAQUINO, María Antonia y Juan Manuel CUARTERO SÁNCHEZ, 2005. «Educación e historia de las lenguas: dominio español y catalán», en G. Ernst, et al., *Romanische Sprachgeschichte / Histoire linguistique de la Romania*, Berlin / New York, Walter de Gruyter, II, 1232-1247.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, 1926. *Orígenes del Español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*, Madrid, Anejos de la Revista de Filología Española. [3.^a ed. muy corregida y aumentada, Madrid, Espasa-Calpe, 1950].
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, 1942. «Prólogo» [a R. Lapesa, *Historia de la Lengua Española*], Madrid, Escélicer, pp. 5-6. [A partir de la 8.^a ed., pp. 9-10].
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, 2005. *Historia de la Lengua española*, Madrid, Fundación «Ramón Menéndez Pidal» / Real Academia Española, 2 vols. [La obra de Menéndez Pidal propiamente dicha ocupa el primer volumen].
- MORENO DE ALBA, José, 2009. «Rafael Lapesa: su visión no eurocéntrica del español americano», en LOLDFA, pp. 431-456.
- MUÑOZ GARRIGÓS, José, 1990. «La obra filológica de D. Rafael Lapesa», en *Homenaje al Profesor Lapesa*, Murcia, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, pp. 31-41.
- PÉREZ BOYERO, Enrique, 2005. «El Archivo de la Biblioteca Nacional: fuentes documentales para el estudio de los archivos, bibliotecas y museos españoles durante la guerra civil», en B. Calvo y R. Salaberria, eds., *Biblioteca en guerra*. [Catálogo de la exposición instalada en la Biblioteca Nacional de Madrid, del 15 de noviembre de 2005 al 19 de febrero de 2006], Madrid, Biblioteca Nacional, pp. 169-195.
- PÉREZ PASCUAL, José Ignacio, 1998. *Ramón Menéndez Pidal. Ciencia y pasión*, Valladolid, Junta de Castilla y León (Consejería de Educación y Cultura) / Caja Duero.
- PÉREZ VILLANUEVA, Joaquín, 1991. *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe.
- PORTOLÉS, José, 1986. *Medio siglo de Filología Española (1896-1952)*, Madrid, Cátedra.

- PRESTON, Paul, 2005. «Filiberto Villalobos y la Tercera España», en I. Francia Sánchez / A. Rodríguez de las Heras, eds., *Sueños de concordia. Filiberto Villalobos y su tiempo histórico, 1900-1955*, Salamanca, Caja Duero, pp. 277-297.
- RIDRUEJO, Emilio, 2009. «La pragmática y la investigación diacrónica de Lapesa», en LOLDFA, pp. 213-231.
- RIVAROLA, José Luis, 2009. «Rafael Lapesa y los orígenes del español de América», en LOLDFA, pp. 467-476.
- SALVADOR PLANS, Antonio, 2009. «Lapesa y los estudios sobre grafías y cambios fonológicos en el Siglo de Oro», en LOLDFA, pp. 71-90.
- SANTIAGO, Ramón, 2009. «Edición de textos y crítica textual en la obra de Rafael Lapesa», en LOLDFA, pp. 383-406.
- SATORRE GRAU, Francisco Javier, 2008a. «Bibliografía de Rafael Lapesa», *Revista de Filología Española*, LXVIII/1, pp. 125-161 (la recopilación está hecha con la ayuda de Claudia Simón y Laura Viciano, Biblioteca Valenciana, Valencia).
- SATORRE GRAU, Francisco Javier, 2008b. «El profesor Rafael Lapesa», en ELDRL, pp. 80-89.
- SECO, Manuel, 2009. «Rafael Lapesa vivo», en LOLDFA, pp. 47-49.
- VALENCIANO LÓPEZ DE ANDÚJAR, Ana, 2009. «Rafael Lapesa», en LOLDFA, pp. 49-60.